

avía hace escuchar el grito que le acompañó en todas las lides de «viva Aguascalientes!» Pelea en Chapultepec y es vencido: caen prisioneros muchos soldados; y como si todo esto no bastara, los pocos valientes que permanecen en pié despues de tantas vicisitudes y desastres tantos, se confunden con el pueblo armado de México y combaten contra los *yankees* en las calles de la capital de la República los días 15, 16 y 17 de Setiembre, días de júbilo antes para la nacion y ahora de funestísimos recuerdos..... Despues de estas últimas y desesperadas luchas, salvaron de aquel valiente batallon cuarenta y dos hombres, inclusives los jefes y oficiales.....

Se apodera el invasor de la capital y nuestros soldados no se someten al yugo extranjero. Algunos de esos héroes salen de México, sin recursos, sin contar con proteccion alguna, y llegan á Aguascalientes el 7 de Octubre de 1847, á las siete de la mañana, hora en que un terremoto alarmaba á los habitantes de aquella ciudad. Con mas violencia se repitió el temblor á las diez. Temblaria la tierra en presencia de estos intrépidos defensores de la pátria, como tembló ante Alejandro el grande, segun la Biblia?.....

Me abstendré de todo cómentario, que apareceria débil y pálido, despues de la relacion de tantos y tan gloriosos hechos. Solo diré que al consignarlos en mi historia, un sentimiento de legítimo orgullo se apodera de mi corazon. Me envanezco al recordar que nací en un suelo cuyos árboles asombraron las cunas de los héroes que defendieron heroicamente la independenciam de México, y glorificaron el nombre de Aguascalientes.

## CAPITULO XII.

### La revolucion y la derrota.

(1847-1849.)

*Aguascalientes se pronuncia por la guerra.—Cosío.—El general Paredes.—Jarauta.—Asalto y toma de Lagos.—Pronunciamiento.—Marchan las tropas sobre Guanajuato.—Doblado.—Fusilamiento de Jarauta.—La derrota.—Muerte política del Estado.—Actitud del pueblo.—Triunfo de las masas.—Requena.—Terán.—Godefroy.—Regreso de Cosío.*

**T**ERMINÓ el año de 1847 de la manera mas triste para el país y mas alarmante para el Estado. En el interior de éste el fervor religioso seguia manifestándose con las frecuentes funciones religiosas dentro



de los templos y las solemnes procesiones en las calles. Este celo, estos actos devotos daban mayor incremento al patriotismo que no se había debilitado ni con los reveses sufridos en el Valle de México y la toma de la capital de la República por los invasores. La prensa ayudaba á esto; mantenía vivo el sentimiento pátrio, aunque los periódicos y hojas sueltas no fueran un modelo de literatura, como no lo eran las proclamas que publicaban Rayon y otros. Cosío compró una imprenta para el gobierno, la que dirigía D. José María Chavez, honrado y laborioso artesano que en aquella época no tomaba aún parte activa en los asuntos públicos, ó á lo menos no figuraba en primera línea, y en ese establecimiento se imprimía cuanto podía levantar más el espíritu público y mantener vivo el entusiasmo.

Todavía entonces se tenía confianza en el gobierno del centro; se creía en la continuación de la guerra en el interior, en el Sur, en todas partes, y en que si el invasor podía ocupar las poblaciones, no dominaría jamás en los caminos, en las montañas, en los puntos retirados del centro. Se recordaba la guerra que la España sostuvo contra Napoleon, y se decía que, teniendo nosotros una extensión de territorio mucho mayor que la de aquella nación, y por consiguiente mas elementos de resistencia, ésta sería tan heroica como la de 1808 y de mas seguro éxito. La guerra popular, la guerra de guerrillas, era lo que se pedía, lo que se deseaba. Mina y el 2 de Mayo: hé aquí los recuerdos de la época.

La traslación del gobierno á Querétaro alimentaba estos deseos, parecía indicar que se iniciaría esa

clase de guerra, la popular, que hace un soldado de cada ciudadano y convierte á una nación en un gran campamento. Nadie pensaba en la paz: Cosío no podía ser partidario de ella, no podía serlo el Estado, y así lo demostraba la actitud que asumían el pueblo, el gobernador, la guardia nacional. Este patriótico sentimiento se pronunció todavía más á la llegada á la capital del Estado de los pocos oficiales y soldados cuyo heroico valor habían respetado las balas y las bayonetas extranjeras. Cosío entonces se puso en contacto con el partido que en México y en los Estados clamaba por la continuación de la guerra.

Aguascalientes, entre tanto, seguía sufriendo los amagos de las fuerzas de Zacatecas, amagos tanto mas ridículos cuanto que la aproximación de ellas á nuestra capital era seguida de la retirada. Tan poco respeto inspiraban los soldados del Estado vecino, que en la plaza solo existían sobre las armas veinte ó treinta hombres, que centuplicaban en un momento las citas de los cabos, el «vienen los *tuzos*» que se propagaba, y el toque de generala. El pueblo, unido en un mismo sentimiento, resuelto á no aceptar la tutela de Zacatecas, garantizaba al gobernador la posesión de la plaza. Este, como Enrique IV, vivía entre su pueblo, contaba con su adhesión decidida: para qué necesitaba una guarnición numerosa? Un Ravaillac hubiera matado al caudillo, pero no la idea, y el pueblo, regentado por Cosío ó por otro, hubiera defendido la independencia y soberanía del Estado, como sucedió despues.

La gran preocupación del tiempo es la guerra, preocupación que se convierte en odio contra los auto-



res del tratado de paz con los americanos. Este suceso modifica todo en el Estado, crea un orden de cosas nuevo, una situación peligrosa. Como es bien conocido el espíritu que anima á los hijos de Aguascalientes, afluyen allá jefes y oficiales descontentos, hombres políticos y de espada que fraguan un plan y combinan un movimiento dirigido por el partido *puro*, no siendo extraño á esto el bando monarquista. El retrógrado y honrado general D. Mariano Paredes y Arrillaga está allá con un gran séquito de generales, jefes y oficiales; allá se encuentra D. Celedonio Domeco de Jarauta, sacerdote católico español, que hizo en Veracruz una guerra obstinada á los invasores. Van y vienen correos, comisionados, agentes: todo está indicando una revolución próxima cuyo centro es Aguascalientes. El general D. Manuel Zavala, compañero del infortunado presidente Guerrero, que desde 1846 vive en aquella capital, querido y respetado por sus virtudes y por sus servicios, es extraño al movimiento que se prepara, no obstante que no quiere la ignominiosa paz que se ha pactado, pero teme que se haya inmiscuido el elemento monárquico en la revuelta.

Desde entonces la guardia nacional se pone sobre las armas con el pretexto ostensible de batir á los zacatecanos, pero realmente para rebelarse contra el gobierno general. Este comete un error que no tiene satisfactoria disculpa. Ordena que los jefes y oficiales del «batallón activo,» reorganicen el cuerpo, lo pongan en alta fuerza, bajo la denominación de «13° de línea» y proporciona los recursos necesarios. Pronto se presentan los sargentos, cabos y soldados al cuartel donde se

ha enarbolado una bandera y abierto un registro, y á los pocos dias el batallón cuenta trescientas plazas.

No sé cómo el gobierno de México no vió en esto un peligro. No pudo ni imaginar siquiera que fuesen adictos á los autores de los tratados de Guadalupe Hidalgo los héroes de Monterey y la Angostura, de Padriana y Molino del Rey; no pudo ignorar que el Estado de Aguascalientes era hostil desde el año anterior á la administración cuyo congreso había borrado aquel nombre en el catálogo de las entidades federativas; no pudo dejar de ver que sosteníamos nuestras pretensiones con las armas en la mano, y que esta situación sería explotada por los partidarios de la continuación de la guerra. También debió saber que Paredes, Jarauta, Doblado y otros personajes, *puros* ó monarquistas, combinaban sus esfuerzos para combatir al poder que había pactado la venta de la mitad del territorio de la República.

Las mismas exigencias de la situación precipitaban los acontecimientos mas allá del punto á donde pudieron llegar la prevision y los cálculos políticos. Lo que parecía imposible—la unión de los *puros* y los monarquistas—fué un hecho, y se comenzó á obrar, no ya en el secreto del consejo revolucionario, sino á la luz del día, y con una audacia tal, que traducía fielmente el valer de los rebeldes. Desde luego el padre Jarauta se lanzó en busca de atrevidas aventuras.

Era éste un clérigo medianamente ilustrado, carlista en España, según se decía, y acérrimo enemigo de los americanos entre nosotros. Llegó á Aguascalientes precedido de fama, como guerrillero audaz, y se pro-



puso captarse las simpatías del pueblo. Saludaba cortesmente, haciendo ostentación de hablar á todos por sus nombres; se hacia ver en los templos, en las calles, en los paseos, en los toros, en los bailes, gallos y *fandangos*, y aceptó ó fingió aceptar con gusto las costumbres del país. No hablaba mas que de «los *tigres* de Aguascalientes,» «los primeros soldados de la República,» «los *leones* de Monterey y la Angostura;» de «la bellísima población,» de sus lindas mujeres, del talento de los hijos del Estado, del inimitable gobernador, etc. Decia frecuentemente: *No ambiciono mas que ayudar á libertar á México, ver grande á Aguascalientes, matar muchos yankees, y máteme Dios despues. Soy español de nacimiento, mexicano de corazon y amante de Aguascalientes con el alma y con la vida.* El pueblo le aplaudía, le rodeaba, le amaba.

Era Jarauta un hombre de poco mas de treinta y seis años, pero apareciendo mas jóven todavía. Alto, esbelto, de color blanco, de mirada audaz; nervioso, de movimientos rápidos y hablar precipitado. Brusco con unos, cortés con otros; amanerado por cálculo y adulator de las masas, procuraba imitar más los modales de éstas. Buen *ginete* como los del país, montaba briosos caballos, con su chaqueta de color, sus *chaparreras*, su sombrero de *jipi*, su mal anudada corbata, y llevando pistolas en la *silla*, en las bolsas del pantalon y al cinto. Todo esto agradaba al pueblo, y él lograba su objeto—hacerse popular.

Cosío y Paredes creyeron que todavía era posible engañar al gobierno de México y no quisieron que estallase la revolucion en Aguascalientes. Necesitaban

ganar tiempo para poner en alta fuerza el 13.º de línea, y aumentar el efectivo de guardia nacional. Cosío dió á Jarauta sesenta hombres de infantería y sesenta de caballería, de los que mandaba D. Nicolás Castañeda, y una noche salen aquellos con el mayor sigilo, rumbo á Lagos. «El padre» es jefe de esa pequeña fuerza, que tambien de noche llega á esta ciudad; deja á la tropa en los suburbios, y él, Castañeda y el sargento 1.º Rafael Barron, penetran á la plaza, diciendo que son arrieros cuyos *hatajos* llegarán en la madrugada del día siguiente.

Dentro de Lagos conciertan los tres que atacarán el cuartel que asechan con toda la fuerza, si no se abren las puertas; pero solos, si esto sucede, en cuyo caso asaltarán al centinela y dispararán un tiro, á cuya detonación se aproximará la tropa. Todo acontece como se desea: al relevar al centinela se abre la puerta y los tres se lanzan sobre ella; golpean al cabo y á dos soldados más, y disparan los fusiles. Se dirigen á la cuadra donde la tropa duerme, y cuando ésta quiere defenderse, ya está en la puerta del cuartel la fuerza de Jarauta. Aquella se rinde sin que se derrame mas sangre que la de un soldado herido. Dos dias despues llega Jarauta á la capital de Aguascalientes, conduciendo varias cargas de armamento y parque y mas de cien prisioneros que se mandan al cuartel del 13.º de línea. El pueblo victorea á Jarauta y á «los *niños de Atocha*,» nombre con que se designaba á los soldados de Castañeda, y en la noche un *gallo* anuncia el regocijo público. El domingo siguiente se solemniza la pequeña ventaja obtenida, con un *Te Deum* en la parro-



quia, en donde se burla de Cosío, Paredes, etc., etc., el padre D. Francisco Ruiz de Esparza, á quien el primero castiga. (1)

Ya estaba en alta fuerza el 13.º de línea; el número de soldados de caballería habia aumentado, y la infantería de guardia nacional estaba armada y equipada. Los directores de la revolucion quieren que estalle ésta y Aguascalientes se pronuncia, poniéndose al frente del movimiento el general de division Paredes Arrillaga. Mandan los cuerpos D. Jesus Carrion, antiguo coronel del ejército; D. Dionisio Medina, D. Manuel A. Parrat, Goytia, etc., etc., y la oficialidad es escogida. Marchan estos cuerpos, el 13.º de línea y la caballería, en la que figuran los jefes Castañeda, Palos y otros, con direccion á Guanajuato. Cosío se quedó en Aguascalientes, amagado por fuerzas de Jalisco y Zacatecas, con cuarenta ó cincuenta hombres. Contaba con el pueblo y el pueblo no le abandonó.

(1) Se impuso á Esparza una multa de cuatrocientos pesos y fué conducido preso al salon del ayuntamiento por los oficiales Iriarte y D. Severo Palomino. Por influencias de algunas personas, Cosío consintió á los pocos dias en que fuese puesto en libertad Esparza, pero éste rehusó tal gracia, diciendo que no saldría hasta que el gobernador, á quien ya habia acusado, recibiera el merecido castigo. Esparza era un anciano bilioso, y sobre todo, como avaro tenia bien sentada su reputacion. Cosío no queria ser burlado nuevamente, pero no pensaba ultrajar al respetable viejo, y recurrió á un gracioso arbitrio. Hizo decir al preso que estuviera privado de su libertad cuanto quisiese, pero que le advertia que tendria que pagar veinte pesos diarios por renta del salon que ocupaba. El padre Esparza lo desocupó inmediatamente.

En el plan y proclama que se publicaron solemnemente, se decia lo que se dice en esta clase de documentos. Se desconocia al gobierno general "por haber traicionado á la nacion," se protestaba regenerar al país y darle "instituciones aceptables;" se ofrecia ascensos á los militares que secundasen el plan, y se conminaba con severos castigos á los que á él se opusiesen. Se proclamaba la ereccion *permanente* del Estado de Aguascalientes, y se dejaban escapar ciertas frases sobre *nivelacion de fuerzas de los Estados*, en las que se veia claramente que al triunfo de la revolucion seguiria el ensanche de límites territoriales de aquel. Sobre todo, se insistia en desconocer los tratados de paz y al gobierno que los habia celebrado, y se ofrecia al país continuar la guerra nacional contra los invasores.

Tomado Guanajuato, los elementos de este rico Estado y la actividad y energía que desplegó D. Manuel Doblado, dan una gran importancia al movimiento. El gobierno general lo comprende y encarga á los generales Bustamante, Miñon y otros la sumision de los sublevados. Pronto éstos, á la cabeza de un brillante cuerpo de ejército, están frente á Guanajuato, donde los pronunciados resisten.

Sorprende ver cómo un general tan experimentado como Paredes elige para defenderse una plaza insostenible como la de Guanajuato. Se obró así, y pronto se recogieron los amargos frutos de ese error militar. Iniciado el combate que los dos ejércitos sostuvieron heroicamente durante algunos dias del mes de Julio de este año, (1848) se nota que son los débiles los pronunciados, que éstos tendrán que sucumbir; pero



alientan la resistencia las esperanzas que se tienen de que otros Estados secunden el movimiento, y que se insurreccione la Sierra Gorda. Contábase con defecciones en el ejército contrario y con refuerzos de Xichu, y esto no tenía lugar.

Honra á Paredes y á los suyos la resistencia que opusieron á un ejército superior en número y en armamento, que contaba con excelente artillería y con el auxilio que le prestaba el terreno montañoso. Además, Paredes no podía cubrir la línea que ocupaba, la que poco á poco iba estrechando Bustamante. El atrevido Jarauta *guerrilleaba*, y en uno de los frecuentes combates que sostuvo, y cuando había puesto una emboscada al enemigo, quedó cortado. Entonces su audacia le inspira un pensamiento que ejecuta: se finje ayudante del general enemigo y dice al jefe que manda una fuerza contraria, que aquel ordena que se posesione de un punto que señala. (Antes de llegar al lugar indicado estaba la fuerza emboscada.) Ya el jefe disponía la marcha, conforme á las indicaciones de Jarauta, cuando éste fué reconocido y delatado por un sargento que, á sus órdenes y á las de D. Juan Clímaco Rebolledo, había combatido á los americanos en Veracruz. El audaz clérigo es aprehendido y Bustamante le manda fusilar. (18 de Julio.) Este hecho desmoraliza á los defensores de la plaza; aquel general se aprovecha de la desmoralización, y un esfuerzo le basta para obtener la mas completa victoria.

En Aguascalientes se esperaban con ansiedad noticias del campo de la guerra; creía el Estado en su entusiasmo que el triunfo de sus armas era negocio de

unos cuantos días, que se trataba de una marcha triunfal hasta México, cuando la tarde del 20 comenzaron á circular las nuevas mas desagradables. A las siete de la noche D. Nicolas Castañeda dió á Cosío todos los pormenores de la derrota que ni él ni el pueblo creían; pero otros oficiales dispersos confirmaron cuanto aquel decía y la consternación fué general. Se pensó en levantar mas fuerzas, pero ya no había elementos; los agotó la revolución vencida, y Aguascalientes estaba amagado por todas partes. Zacatecas recobró la moral perdida, y el gobierno de la Union hizo marchar de Jalisco un batallón á las órdenes del general D. Manuel Arteaga. Al aproximarse éste se evacuó la plaza; huyeron ó se ocultaron los que habían tomado parte en la revolución, y el Estado desapareció. Arteaga, hijo de él, iba á someterlo con la fuerza! El pueblo estaba desmoralizado, no tenía caudillo y nada podía hacer sino manifestar su desagrado. Aquel jefe tuvo el disgusto de oír que se le silbaba al entrar á la ciudad. También llegó á ésta una fuerza de Zacatecas.

Comenzaba una nueva época para Aguascalientes, que descendía de la categoría de Estado á la de partido zacatecano, y era necesario organizarlo como tal. Pero esto no era posible; no había quien quisiera encargarse de la jefatura política, oficinas de rentas, etc. Por patriotismo unos y otros por temor á las iras populares, nadie se prestaba á desempeñar puestos públicos: no existían las autoridades; la acefalía era completa. Obedeciendo órdenes superiores, Arteaga abandonó la plaza y solo quedó en ella la fuerza de Zacatecas, lo que despertó en las masas el odio contra és-